

Pluma y tintero

EL ALCANCIL DE CABRILLA (2ª parte)

CAMINO DE EL LARVA

José Quesada García

Salieron temprano los dos jinetes de la villa de Cabra en dirección a la aldea de « El Larva ». Abría la marcha el escribano subido sobre el mulo con sus agüeras, detrás le seguía el alguacil a lomos de « Cariñoso». Vestía el escribano con buenas ropas, limpio y afeitado y cubría su cabeza con un sombrero ancho que le protegía del sol y que a la vez le daba un aire de mosquetero y de don Juan. Mientras que el alguacil había salido de su casa con la armadura puesta, el casco en la cabeza y calzado de unas buenas botas de piel de vaca; llevando en las alforjas del caballo otras mudas de ropa y un buen sombrero.

Los labriegos y pastores observaban con curiosidad el paso de los dos jinetes y algunos de ellos dejaban sus tareas y se acercaban al camino para ver más de cerca al jinete de la resplandeciente armadura, ya que chocaba mucho a estas gentes humildes ver a estos personajes por estos andurriales.

Caminaban las cabalgaduras con paso lento sobre el pedregoso y polvoriento camino, el sol empezó a apretar fuerte y el alguacil comenzó a sudar como un pollo, pues la armadura se calentaba y el pobre hombre se estaba cociendo como una papa . Llegó el momento en el cual las moscas y los tábanos se hacían insoportables sufriendo los jinetes y las bestias los agobiantes zumbidos y picotazos de los insectos.

En un momento de distracción del alguacil, « Cariñoso » se desvió unos pasos del camino y fue a restregarse el lomo contra unas retamas cercanas; pillando desprevenido al jinete derribándole las ramas del arbusto, cayendo al suelo donde se pegó un gran culetazo y quedó sentado encima de piedras y abulagas que allí crecían. Se despertó de su modorra

el alguacil y empezó a gritarle al escribano que seguía camino y sin percatarse de la faena de «Cariñoso» a don Alejo.

-¡Parar señor de Quesada, parad y ayudarme por favor a levantarme!- gritaba enfurecido el alguacil-. Y en cuanto me levante le voy a dar un par de palos al rucio que tengo por montura.

Al escuchar los gritos de auxilio del alguacil don Diego hizo parar el mulo y saltando del mismo se acercó a ayudar a don Alejo que seguía sentado encima de las abulagas y las piedras intentando levantarse pero el peso de la armadura y su mala posición se lo impedían.

-¿Qué os ha sucedido señor Alejo y cómo es que vuestra merced se encuentra tirado en el suelo en tan mala posición? Preguntó don Diego mientras ayudaba a levantarse al alguacil

- Sepa don Diego que me tengo por buen jinete, pero en un pequeño descuido y el caballo agobiado por los tábanos se ha restregado contra esas matas, desmontándose en el momento, teniendo la mala suerte que me he caído encima de las piedras y de las abulagas -. Respondió y dio explicaciones el alguacil.- ayudadme a incorporarme y entre los dos vamos a intentar quitarme los pinchos que tengo clavados en las nalgas y posaderas.

Le quitó el escribano la mayoría de los pinchos de los calzones a don Alejo convenciéndole de que subiese al caballo, informándole de que aun rato de camino se encontraba el arroyo de « Rollo Salado», lugar donde descansarían durante las horas de más calor y curarían las heridas del alguacil.

Subió Alejo al caballo ayudado por don Diego y este subió a su mulo prosiguiendo el camino hacia el arroyo. Se quejaba Alejo del dolor que le producía el roce de las heridas de sus piernas con la silla de montar y a la memoria le vino la noche de la Era de San Sebastián, en la que luchó tan bravamente contra las chumberas y en la cual salió estrepitosamente derrotado. De vez en cuando se quejaba en voz alta y de esta manera:

-Pobre de mí, ya que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra y es lo que hoy me acaba de ocurrir.

Al cabo de un rato llegaron al Rollo Salado, poniéndose a la sombra de unos pinos cerca del arroyo. Le ayudó el escribano a descabalgarse al alguacil y luego le quitó la armadura y el casco, y como se quejaba don Alejo de las heridas le dijo el escribano:

-Señor Alejo quítese los calzones y así veremos los daños que tenéis vos en esa parte del cuerpo.

Así lo hizo el alguacil y acercándose el escribano y observando las posaderas que estaban llenas de moratones, heridas y algunos pinchos que con el roce de la silla de montar le habían producido unas escocheduras con las cuales no podría sentarse en bastante tiempo.

-¿Cómo veis vos el asunto por hay detrás?- preguntó don Alejo.

- Las nalgas y posaderas tienen muy mala pinta, pero yo creo que lavando las heridas y sacando las espinas de las abulagas, la cosa no irá a peor-. Comentó el escribano.

- Quítele los aparejos a las bestias y que coman algunos hierbajos por ahí, pero trábelos que no vallan muy lejos y además es que de mi caballo no me fío un pelo, pues ya me la ha jugado en varias ocasiones desde que me lo dio el Ayuntamiento. Luego buscad en mis alforjas algunos utensilios de medicina que siempre llevo conmigo y también busque en ellas una pequeña vasija de unguento que me ayudará a curar estas heridas-. Ordenó el alguacil.

Mientras el escribano trababa a las bestias, el alguacil se acercó al arroyo de agua, desnudo de cintura para abajo buscando una poza de agua con la intención de introducirse en ella y aliviar el dolor con la frescura del agua. Se sentó en una de ellas poco a poco sintiendo un frescor muy agradable, al contacto con el agua.

Llevaba un buen rato en el agua cuando le llamó el escribano diciéndole que ya tenía preparados los utensilios de medicina. Salió de la poza y se dirigió hacia los pinos donde estaba don Diego, pero en cuanto empezó a andar y le dio el sol y el aire a las heridas, estas empezaron a escocerle de manera horrenda y es que el pobre Alejo no sabía que el agua del arroyo en el lugar que se encontraban allá por el cortijo de Robleo, era agua con mucha sal, es decir salobre; de ahí el nombre de Rollo Salado.

Se dejó caer al lado del escribano, de cara al suelo y con las nalgas al aire suplicaba:

- Intentar sacarme las espinas y después untar las heridas con el unguento porque el dolor que siento es insoportable.

Comenzó el escribano la tarea de sacar con unas pequeñas tenacitas todos los pinchos que vio, luego mojó un trapo en agua dulce lavando las heridas y a continuación puso unguento en otro trapo y untó las heridas de las nalgas y posaderas de don Alejo.

Mientras curaba al alguacil pensaba don Diego que si alguien lo viese en este momento sabiendo de su fama como mujeriego le extrañaría bastante verle frotando las nalgas a otro hombre, aunque este fuese el Alguacil de Cabra y el tocamiento de las nalgas solo fuese una cura y una obra de caridad.

Después de la cura y vestido y tumbado de lado don Alejo, tomaron un bocado y decidieron echar la siesta en espera de que el sol apretara un poco menos para continuar camino; si es que el alguacil se encontraba mejor de las heridas.

Avanzada la tarde emprendieron de nuevo la marcha hacia El Larva, pero esta vez el alguacil iba montado en el mulo, ya que la albarda y una manta encima de la misma le eran más cómodo que la silla de Cariñoso, el cual iba montado por el escribano a quien miraba y resoplaba de vez en cuando por la extrañeza de su nuevo jinete.

Llegaron antes de oscurecer a una venta en el cruce de caminos, llamada San Pedro. La venta se componía de una posada y varias viviendas, cuadras y pajares unidos en una gran cortijada y un poco más separados algunos corrales para cabras, ovejas y marranos; mas abajo había una fuente de agua con grandes abrevaderos para el ganado, la cual era abrevadero real por estar en una cañada real de ganados.

Pidieron pasar la noche al ventero, quien les dijo que sí les podía dar un plato de comida para la cena, pero que todas las camas de la posada estaban ocupadas por viajeros, lo único que podía ofrecerles eran unos catres en los dormitorios comunes de los arrieros, carreteros y porqueros. No les importó mucho pasar así la noche y descargaron las bestias ayudándoles un mozo de la venta que luego llevó los animales al abrevadero, luego los metió en las cuadra y les puso un buen pienso de cebada y paja. Alejo y don Diego bajaron también al pilar donde se lavaron un poco antes de pasar a cenar.

Llegaron al comedor de la venta donde ya había algunos comensales, dieron las buenas noches y el respetuoso « ¡ que aproveche! Y se sentaron en una mesa grande y tosca donde ya había otras personas. Como buen caballero que era don Alejo se presentó a los otros comensales.- Me llamo Alejo Hermoso de la Hoya Alguacil Mayor de la Villa de Cabra y de esta parte de Sierra Mágina, nombrado por el Consejo de Úbeda y ratificado por las Cortes de nuestra majestad Felipe III. Servidor de ustedes. Y mi acompañante es don Diego de Quesada y Sánchez, escribano del registro y del ayuntamiento de la Villa de Cabra y de su comarca.

- Buenas noches no dé Dios,- respondieron los allí presentes por favor tened la amabilidad de acompañarnos en esta cena. La verdad es que no es bastante agradable compartir la mesa con dos personas de alta alcurnia como son vuestras mercedes.

Les sirvió la cena la hija del ventero, la cual consistía en un plato de ropa vieja y después algún trozo de queso o tocino, un pedazo de pan de trigo y acompañada de una jarra de vino.

Mientras comían entablaron conversación los viajeros y ganaderos con don Alejo, contando unos y otros, sucesos y relatos de historias acaecidas a ellos mismos o a otras gentes, aunque el alguacil siempre que podía, metía baza, y contaba sus vivencias de soldado en los barcos españoles; y de cómo fue apresado por los piratas turcos, estando en cautiverio más de cuatro años, dos de ellos al servicio de un jeque árabe donde enseñaba a sus hijos lenguas como el latín y el castellano. Contaba asimismo cómo fue rescatado y comprado por unos mercaderes venecianos que le devolvieron la libertad, trayéndolo primero a Italia y volviendo después a España en donde había realizado un sinfín de trabajos, todos ellos acorde con sus conocimientos y méritos y por supuesto a fines a su nombre, ya que él era de una de las familias llamadas « Grandes de España».

Durante la tertulia y la comida Alejo se movía inquieto en su silla debido al dolor que aún tenía en sus posaderas causado por la caída del caballo de esa mañana. A su lado don Diego comía tranquilamente sin aportar palabra a las conversaciones de los comensales, ya

que el escribano estaba muy pendiente a los movimientos de una de las hijas del ventero que al acercarse a la mesa a servir la comida o el vino, este observaba que la moza estaba rellenita, prieta y que por el escote de la camisa se veía el nacimiento de dos hermosos pechos. La moza de vez en cuando le sonreía y le guiñaba un ojo.

Después de cenar algunos viajeros se retiraron a descansar y otros siguieron la tertulia sentados al fresco de la noche en los poyos que había a la entrada de la venta. Sacó Alejo una pipa de madera y echándole un poco de tabaco picado traído de las Américas y un trocito de piedra conseguida de los mercaderes moriscos encendió la cachimba saboreando las bocanadas de humo a la vez que otro buen jarro de vino. Y siguió contando sus aventuras por esos mundos, no dejando hablar mucho a los demás, que le escuchaban y que no se acababan de creer algunas de las trolas de valentía y gloria de las que relataba el alguacil.

Así estaban cuando de pronto se presentaron dos mozos dando voces y se acercaron al grupo de viajeros sentados en los poyos. - ¡ Venid señores, venid!, que hemos conseguido encerrar en el pajar a tres brujas o demonios con la intención de redimirles y enseñarles la luz que va hacia el Señor pero ahora no somos capaces de entrar en el pajar por temor a sus maleficios y hemos pensado en que alguien de ustedes que sea buen cristiano, noble y de gran valor, nos ayude en esta difícil empresa de redimir a las brujas.-

Los allí presentes escuchaban sorprendidos a los zagalones y después todas las miradas recayeron sobre el alguacil, el cual se levantó de un brinco del poyo y hablando eufórico debido a la cachimba y al vino dijo así: - ¡ Quietos todos,! Ese caballero que buscan es un servidor, Alejo hermoso de la Hoya, así que llevarme al lugar donde se encuentran esos demonios y os enseñaré cómo con mi espada y un crucifijo esas brujas se convierten en almas de ángeles -.

Corrieron todos en dirección al pajar, mientras el ventero apoyado en el quicio de la puerta miraba al grupo alejarse y una sonrisa burlona apareció en sus labios al mismo tiempo que le comentaba a su mujer,- alguna trastada y gorda están preparando estos rufianes que tenemos por sirvientes.

Dios quiera que algún día las tornas se vuelvan en contra de ellos mismos, pues ya son muchas las faenas con las que se han burlado de muchos de los viajeros que paran en la venta, y nosotros vamos a tomar mala fama por culpa de estas bromas de mal gusto,- respondió seria la ventera desde la cocina.

Hacia buen rato que don Diego y la hija del ventero se habían escabullido en dirección a la era donde se gozaban y revolcaban. Y mirando don Diego a la moza desnuda a la luz de la luna pensaba para sí mismo: « a estas nalgas sí que da gozo mirar y tocar y no a las del Alcancil las cuales tuve que lavar y curar».

Llegó el grupo de Alejo a la puerta del pajar donde se encontraban otros dos mozos custodiando la misma. Desenvainó Alejo su espada y dijo dadme una lámpara y dejadme entrar, que os voy a demostrar que todavía quedan caballeros capaces de realizar las más arriesgadas empresas -.

Un mozo cogió dos palos y atándolos entre sí hizo una cruz, luego tomó un látigo de arrear a los marranos y le entregó los dos objetos al alguacil recogiéndole la espada mientras le decía,- tomad señor alguacil estas armas que serán más efectivas que la espada, pues unos buenos latigazos y enseñándoles la cruz esos demonios renegaran de si mismos. Tomad también este candil y así podréis verles en la oscuridad en la que están acostumbrados a moverse -.

Entró rápido el alguacil al pajar y mucho más rápido le cerraron la puerta a sus espaldas atrancando la misma con un travesaño de madera. Colgó el candil de una estaca de la pared y con el látigo en una mano y la cruz en la otra avanzó hacia el interior del pajar intentando escudriñar en la oscuridad, buscando las formas de las brujas y a la vez preguntaba a los de la puerta - ¿seguro que esas brujas están por aquí?

-¡Sí seguro que están por ahí escondidas! respondieron los de afuera,- haga chistar el látigo y vera como aparecen.

Siguió caminando despacio para adentro, a la vez que hacia sonar el látigo y empezaba a hablar dirigiendo su voz hacia lo más oscuro del pajar. De pronto se dio cuenta que en el fondo se movían varios ojos de un color amarillento y que no paraban de observarle. Se puso enfrente de los ojos amarillos y enseñándoles la cruz y chistando el látigo empezó a gritarles:- salid brujas y demonios cobardes y postraros ante esta cruz; volver al buen camino que nos enseñó el Señor, vamos salid y mostraros ante mí.-

Los de la puerta que escuchaban hablar al alguacil se descojonaban de risa y en el fondo del pajar los ojos empezaron a moverse inquietos y emitían unos sonidos parecidos a los maullidos de un gato al que se le ha pisado el rabo.

Llegó el momento en que las brujas empezaron a correr por todo el pajar y siempre buscando la puerta del mismo que seguía cerrada, el alguacil intentaba darles con el látigo y ellas sintiéndose acorraladas y encerradas se volvieron contra el representante de la ley abalanzándose sobre él mordiéndole y arañándole. El alguacil se defendía de estos ataques como mejor podía, dándoles palos y puntapiés y lanzándoles por los aires, pero los demonios volvían rápidamente y se volvían a enganchar en el cuerpo del alguacil. Los de afuera del pajar se lo estaban pasando a lo grande escuchando la pelea del alguacil intentando redimir a las brujas, que no eran otra cosa que tres gatos que los mozos habían conseguido encerrar en el pajar con la ayuda de unos perros y que una vez encerrados los gatos, los habían fustigado durante un rato con el mismo látigo que tenía ahora el alguacil. Así que cuando entró don Alejo al pajar los animales estaban rabiosos y furiosos sintiéndose como fieras encerradas y dispuestos a defenderse con uñas y dientes.

Hasta tal punto llegó la pelea que Alejo viéndose perdido y no poder reducir a los demonios, hizo lo mismo que ellos y se fue derecho hacia la puerta del pajar y empezó a gritarles a los de afuera. - ¡ Por Dios abridme la puerta y dadme mi espada que estas brujas me van a desollar y despedazar vivo.!

-¡Aguantar señor Alcancil de Cabrilla y enseñadles la cruz que portáis, que seguro se postrarán a vuestros pies en poco rato.! respondió un mozo, a continuación se oyeron grandes carcajadas.

Seguía luchando Alejo con los demonios intentando quitárselos de encima, pero estos que seguían buscando la gatera de la puerta para escapar y se la encontraban tapada, saltaban por las paredes y acababan abalanzándose sobre el hombre que les golpeaba, mordiéndole y arañándole. Se dio cuenta Alejo que en una pared había una escalera hecha de palos y que al final de la misma se encontraba la puerta de la piquera. Se quitó de encima a los gatos y subió por la escalera de madera, al llegar arriba abrió la puerta de madera y se asomó fuera, con la luz de la luna comprobó que la piquera estaba a una altura considerable para saltar a la calle, pero al volver la vista al pajar vio que los demonios subían rápidos por los palos de la escalera y al intentar detenerlos perdió el equilibrio y cayeron los cuatro a la calle. Alejo quedó tendido y dolorido encima de la tierra y del pajón sobrante de la era, mientras las sombras de los demonios se difuminaron por los corrales de al lado.

Abrieron la puerta del pajar los mozos, pues hacia un rato que no escuchaban nada dentro del mismo, descubriendo que el pajar estaba vacío, el látigo y la cruz estaban en el suelo abandonados y que la puerta de la piquera estaba abierta y por donde entraba la luz de la luna. Salieron todos corriendo y dieron la vuelta al pajar, encontrando al alguacil tirado en el suelo, revuelto entre tierra y paja y muy magullado. Don Diego que volvía de estar con la hija del ventero, y lo hacía furtivamente, vio el grupo de gente con las lámparas y el alboroto que tenían al lado del pajar y se dirigió hacia ellos. Según se acercaba un pensamiento pasó por su cabeza. «seguro que en aquel follón estaba metido el Alcancil de Cabrilla».

Al llegar a donde se encontraba el grupo de gente, don Diego pudo comprobar que su intuición acerca del alguacil había sido buena pues don Alejo yacía en el suelo empolvado, ensangrentado en cara y manos y medio atontado, queriéndose levantar, ayudado por alguno de los mozos. Ayudó también el escribano a levantar al alguacil que una vez en pié se empezó a palpar el cuerpo con sus manos y a sacudirse la destrozada ropa, luego de comprobar que no tenía nada roto, que sólo eran magulladuras y arañazos y que le vino un poco la razón a la cabeza, aunque no del todo debido a las nieblas que le habían dejado la cachimba y la gran cantidad de vino de la cena.

Miraba un poco aturrido y dirigiéndose al grupo de gente les dijo, - Siento señores no haber podido redimir a las brujas y que estas se me hayan escapado, aunque lo he intentado y casi pierdo el pellejo en tal empeño -.

Todos los presentes al escuchar estas palabras se miraron unos a otros y acabaron a carcajada limpia, después marcharon todos para acostarse comentando por el camino la burla realizada al alguacil y la inocencia del mismo. Llevaron entre el escribano y un mozo a don Alejo a los cuartos de los muleros, depositándolo en un catre que tenía por colchón

un jergón relleno de farfollas del maíz. Luego desnudó el escribano a don Alejo y le dio unguento por todas las heridas.

Durmió Alejo de un tirón toda la noche y no le molestó siquiera las chinches del camastro ni los olores de las cuadras cercanas y el de los propios muleros. El escribano, que durmió en el catre de al lado, en varias ocasiones de la noche observó como el alguacil soñaba en voz alta y en referencia a la lucha del pajar contra las brujas.

Se levantaron un poco más tarde que los arrieros y muleros, se lavaron un poco y pasaron al comedor de la venta, donde la hija del ventero les puso unos tazones de leche de cabra y unos buenos picatostes como desayuno. Durante el almuerzo y estando los dos solos en el comedor se quejaba Alejo de las heridas recibidas en el pajar y también de la caída del caballo que le hacía casi imposible el poder sentarse, y el escribano a la vez que comía y oía los lamentos del otro, seguía con la vista a la hija del ventero, y esta a su vez le sonreía y le guiñaba el ojo.

-¡Señor de Quesada!- habló serio el alguacil-. Veo que vos no prestáis atención a mis palabras y que tenéis vuestra mirada entretenida en otros quehaceres y sobre todo en otros andares -.

-Me ha de perdonar señor Alejo- respondió don Diego -, si es verdad que tengo la cabeza en otro sitio, pero también tengo en la memoria que en las veces que he salido de viaje por la comarca, no recuerdo haber tenido tantos tropiezos y tan seguidos como los acaecidos ayer a vuestra persona. También me vino a la mente que hace algún tiempo leí un libro de caballería escrito por un tal don Miguel de Cervantes, donde contaba las desventuras de un caballero loco llamado don Quijote de la Mancha y de su servidor llamado Sancho Panza. hizo una pausa el escribano mientras pasaba por delante la hija del ventero, la cual no dejaba de sonreírle, y volviendo otra vez la mirada a don Alejo, prosiguió hablando. - Y he de decirle señor Alejo que se me ha ocurrido la idea de que un servidor también podría escribir las aventuras del Alguacil de Cabra. Pues teniendo en cuenta los hechos acaecidos desde su llegada a la comarca, sus formas de vestir, sus juicios salomónicos y según barrunto, todas las aventuras que aun le quedan por vivir en estas tierras. Ya tendría yo historias suficientes para escribir un libro tan grande como el del señor Cervantes.

-¡Deténgase ahí señor de Quesada! Le recuerdo a usted que está hablando con el Alguacil Mayor de la Villa de Cabra y que mi persona es la representación de la Ley, y sepa usted que yo también he leído ese libro del Quijote. Y por favor no me quiera usted comparar con ese caballero loco. Ya que los tropezones y sucesos acaecidos a mi persona han ocurrido por causas del destino, que unas veces nos es favorable y otras no lo es. Además no quiero que usted ni escriba ni cuente en público estos pasajes desventurados, ya que dejaría a la ley y a su servidor tirados por tierra. ¿Me ha entendido señor de Quesada?- Acabó de hablar el enfadado de don Alejo.

Con un gesto asintió don Diego dejando por terminada la conversación del libro, pero en su cabeza empezó a crecer la idea de escribir algún día sobre el peculiar personaje que tenía sentado enfrente.

Se acercó el ventero a ellos Buenos días señores, espero que hayan descansado bien, ya tienen preparadas sus monturas ahí en la puerta de la venta y aquí en esta talega les he puesto un poco de pan y engañaifa, por si quieren hacer un alto en el camino y tomar un bocado.

-Gracias señor Castañar por servirnos tan bien, y díganos lo que le debemos por estos servicios, que enseguida emprenderemos camino hacia El Larva, donde nos deben de estar esperando.- respondió el escribano a la vez que se levantaba de la mesa.

-La verdad es que no me deben nada,- dijo el ventero- esta es una pequeña contribución al Ayuntamiento de Cabra y a sus representantes. Lo que si pediría a vuestras mercedes es que olvidasen lo acaecido anoche en el pajar y que no le den mala fama a la venta de San Pedro y a sus servidores.

Salieron a la puerta de la venta donde dos mozos cargaban en las agüeras los útiles del escribano y la armadura de don Alejo, otro mozo había ensillado a « Cariñoso » y lo tenía sujeto por las riendas, aunque el caballo se movía nervioso porque había visto pasar por allí cerca un gato negro.

Observó el escribano a los mozos y reparó en los chichones y moratones que tenían en la cabeza y en la cara y acercándose a ellos les preguntó en tono socarrón. ¿ Qué os ha pasado esta noche, habéis conseguido encontrar a las brujas y enfrentaros a ellas sin la ayuda del Alguacil de Cabra?

-Sepa vuestra merced que estos moratones y chichones se deben a que esta mañana muy de temprano vino el señor ventero y en recompensa por ayudar anoche al Alcancil de Cabrilla con las brujas en el pajar, cogió el mismo látigo de los marranos y cuando aún dormíamos nos ha pegado cuatro zurriagazos y algunos palos con la misma vara del látigo, el caso es que hoy nos hemos levantado a toda prisa y encima calientes.- contestaron los mozos.

Subieron don Alejo y don Diego a sus respectivas monturas despidiéndose de los allí presentes.- Queden ustedes con Dios.-

-Y que Él les acompañe en vuestro camino,- respondieron las gentes de la venta.

Después de un buen rato de camino y obligando los jinetes a sus monturas a acelerar el paso por miedo al calor, llegaron a El Larva, un pequeño pueblo formado por algunas casas, las cuales formaban pequeñas callejuelas y estas desembocaban en la principal. Una calle un poco más ancha que las otras y que recorría el pueblo de un lado a otro, con una plazuela en el centro de la misma, donde había un pilar de agua y las casas eran más señoriales. Esto era El larva un conjunto de casas y un par de cientos de habitantes, todos

ellos dedicados a las tareas del campo, aunque no faltaba quién se dedicaba a la albañilería, al comercio, había también pequeños artesanos, un maestro, y como todo pueblo que se precie, un alcalde y un buen cura.

Llegaron los jinetes con sus monturas al pilar de agua situado en la plazoleta, en el cual algunas mujeres llenaban sus cantaros de agua fresca, y dieron de beber a las bestias. Estando en esta faena y siendo observados por las mujeres que cuchicheaban sobre los dos hombres, se acercó a ellos un hombre mayor de pelo blanco, bien vestido y con aspecto de rico hacendado, y dirigiéndose a don Diego le saludó extendiéndole la mano. -¡A la paz de Dios, señor de Quesada! Me place volver a verle, y la verdad es que nos ha extrañado su tardanza, pues le esperábamos para ayer noche-.

-¡Buenas nos de Dios, señor Ramírez!- respondió el escribano estrechando la mano del hombre de pelo blanco,- Ayer tuvimos algunos contratiempos en el viaje y como la noche se nos vino encima, decidimos pasarla en la venta de San Pedro, donde por desgracia nos enfrentamos a unos malos espíritus, y estos sucesos nos han retrasado un poco más el viaje. Y ahora le presento a mi compañero de viaje el señor Alguacil de Cabra, don Alejo Hermoso de la Hoya.

-Tanto gusto señor Alguacil, mi nombre es Florencio Ramírez y soy el Vecino Mayor, o Alcalde de esta aldea, que ya va teniendo trazas de un pueblo, aunque todavía dependamos de la Villa de Cabra y esta a su vez de la Ciudad de Úbeda,- se presentó el alcalde de El Larva.

Después de las presentaciones el señor Ramírez les ofreció su casa a los dos jinetes, mientras durase su estancia en el pueblo y el señor de Quesada hiciese su trabajo de escribano del Registro.

Se dirigieron los tres seguidos de sus monturas hacia una gran casa que hacía esquina con la plazoleta y otro callejón que concurría a la misma. Salió al encuentro un mozo que se ocupó de las caballerías, el cual las condujo a un portón trasero de la casa, donde se encontraban los corrales y las cuadras. Mientras tanto los tres hombres llegaban a la puerta principal de la vivienda por donde aparecieron la mujer y las dos hijas de Florencio Ramírez.

-¡Buenos días señoras!- saludaron los viajeros.

-¡Buenas nos los dé Dios!- respondieron las mujeres.

Presentó don Florencio a don Alejo a su mujer y a sus hijas, quitándose el sombrero con gesto caballeresco el Alguacil y respondiendo con cortesía al ofrecimiento que le hacían de entrar en la casa y descansar un rato antes de la comida.

Tanto la mujer del alcalde, que se llamaba Anastasia, como su hijas; Antonia que era la mayor y Cándida que era la menor de los cinco hijos de esta familia, observaron con bastante curiosidad al nuevo invitado, y como éste tenía toda la cara llena de cortes y

arañazos al igual que las manos; también se dieron cuenta que el Alguacil cuando caminaba lo hacía despacio y con la sensación de que le molestasen las costuras de los calzones.

Pasaron los hombres al comedor donde el anfitrión les ofreció una copa de vino, para ir haciendo boca y mientras tomaban este refrigerio hablaban de varios temas relacionados con el tiempo, las cosechas del año y sobre las noticias que se recibían de Madrid con respecto a los gobernantes de España.

Mientras tanto las mujeres se afanaban en terminar de hacer la comida en la cocina y cuchicheando para no ser escuchadas por la señora Anastasia, le decía Antonia que era la hermana mayor, una moza de fuerte constitución, más bien basta y un poco simplona, tirando casi a tonta.

-¡Cándida! No creas que en esta ocasión me vas a engañar como hiciste la última vez que vino por casa don Diego, que te metiste en el cuarto con el escribano, y yo estuve toda la noche de vela en el pasillo, pendiente de que nadie os pillara revolcándoos, y con la esperanza de que cuando tu salieses del cuarto, entrase yo y también disfrutase del mozo; pero tardaste tanto en salir, que llegó a cantar el gallo y las dos tuvimos que salir corriendo para nuestra alcoba, tú con mucha alegría en tu cuerpo, y yo con muchas ganas de hombre, las cuales no se me quitaron en varios días ni rezando a todos los Santos, ni echándome agua fresca por debajo de la cintura.-

-Mira Antonia, lo de la última vez, fue un acto de egoísmo por mi parte y espero que me sepas perdonar, pero ahora las circunstancias son diferentes ya que contamos con dos buenos mozos, y tú siendo mi hermana mayor y viendo que el señor Alejo tampoco es mal parecido, he pensado que te metas esta noche en su cuarto y don Diego y yo, nos quedemos vigilantes fuera para que nadie os descubra- dijo Cándida con voz susurrante.

-¿Tú te crees que yo soy tonta y que me he caído de la higuera? Tu lo que quieres es volver a gozar de un buen mozo como lo es don Diego, y a mí me dejas a un viejo. ¿O es que no te has fijado? que el Alguacil tiene ya el cuerpo de un viejo, es feo y arrugado, y cuando camina parece que está escocido de sus partes o que tiene almorranas, además la cara y las manos las tiene llenas de cortes y arañazos, como si se hubiese enfrentado a alguna fiera. ¡ Que no Cándida, que no! Que lo que yo siempre he querido es un mozo bonito y hermoso y con dos narices, una en la cara y otra bien grande donde tu ya sabes.- respondió Antonia

-Calla Antonia, luego seguiremos hablando, pues madre está con la oreja puesta a ver lo que escucha - dijo Cándida.

-¡Si me callo de momento!, pero como yo esta noche no tenga fiesta con don Diego, les cuento a nuestros padres y con detalles los revolcones que te pegas tanto con el escribano como con otros mozos,- amenazó Antonia, luego mirando a don Diego desde la puerta del comedor habló para sí misma, - Unas tanto, y otras tan poco, y que Dios me perdone por mis malos pensamientos sobre los pecados lujuriosos de la carne.

La señora Anastasia las miraba y movía la cabeza en desaprobación de su conducta, pues le parecía una falta de respeto el cuchicheo que se traían sus hijas con respecto a los hombres.- Venga niñas, vamos poniendo la mesa, que la comida ya está lista.-

En cuanto la familia Ramírez y sus dos invitados estuvieron sentados a la mesa, una criada empezó a traer los platos de barro y en el centro de la misma puso una buena olla de potaje de habas, otra cazuela con dos pollos asados, una jarra de vino y también otra de agua fresca.

Como de buena costumbre cristiana, antes de empezar a comer, el dueño de la casa o en su caso el hombre más mayor a la mesa, bendecían la misma, pero en este caso Florencio Ramírez se levantó y dijo: - Aunque la mesa esté dispuesta y nosotros también, hemos de esperar un poco a ver si viene el cura, al cual invité esta mañana, pero como es de esperar en Fray Mateo y conociéndole, habrá pasado antes por la taberna y estará tomándose algunos jarrillos de vino, que bien que le gustan antes de comer.

Llego al momento Fray Mateo, el cura de El Larva, un hombre de unos sesenta años, bastante gordo, coloradito de piel y de gesto tranquilo y bonachón, aunque quienes le conocían sabían de sus malas pulgas. Vestía un raído y gastado hábito de color oscuro, atado a la cintura por una cuerda y calzaba unas sandalias viejas y polvorientas.

Después del saludo a los comensales y la presentación de don Alejo, el cura se dispuso a bendecir la mesa. Señor, bendice los alimentos que vamos a recibir, porque es la hora en que tus siervos tienen hambre y si sigo hablando, la comida se nos va a enfriar, Amen.

-Amen.- respondieron los demás y todos empezaron a comer.

Durante la comida se podía observar cómo el cura daba rápida cuenta del potaje, del que repetía otro cazo más y miraba de reojo la cazuela de los pollos, mientras se bebía su tercer jarro de vino. Se dirigió al escribano y le comentó lo siguiente: - Sepa don Diego que como siempre y anticipándome a su llegada he preparado en la iglesia una mesa y sus sillas, para que vos podáis realizar vuestro trabajo, y que tengáis suficiente espacio para atender a las gentes que vienen a registrar sus negocios de compras, ventas, rentas y otras actividades. Lo que concierne a las bodas, nacimientos y defunciones ya los tengo yo preparados para que vos los registréis.-

-Se lo agradezco Fray Mateo, en cuanto acabemos de comer y con el permiso de nuestro anfitrión, me dedicaré a la tarea que tengo encomendada y también he de aligerar en la misma pues ya voy con retraso, debido a lo sucedido ayer a don Alejo y a un servidor.- respondió el escribano.

Mientras que los hombres hablaban en la comida, las mujeres callaban, aunque las hijas de don Florencio seguían cuchicheando por lo bajini sobre el apuesto don Diego. Este de vez en cuando cruzaba miradas cómplices con Cándida, a la cual recordaba muy bien de su última visita hacía seis meses atrás y había observado que en este tiempo la moza había ganado hermosura y que en sus ojos se podía leer la dulzura y pasión que podía llegar a dar su cuerpo serrano.

En un momento dado, preguntó Fray Mateo a don Alejo. ¿Qué buenas nuevas pasan por Cabrilla? ¿Conocéis vos a mi buen amigo y colega el prior Anselmo Cifuentes? ¿qué tal le va la vida,? ¡Cuénteme de todo esto, señor Alcancil!

-Un poco de respeto señor cura. Supongo que vos sabéis que un servidor es Alguacil y no Alcancil, y que soy el representante de la ley y no una simple alcachofa.- respondió molesto y enfadado don Alejo.

-¡No se enfade señor Alejo,! Pues las noticias vuelan rápidas por estos contornos y en estos lugares la gente te pone cualquier mote por la cosa más insignificante. Bastante antes de vuestra llegada a El Larva, ya sabíamos de vuestros comienzos como Alguacil de la Villa de Cabra; por otra parte, sepáis que a mí también me pusieron otro mote, y la verdad es que ya ni me molesta e incluso respondo cuando me nombran así, « Fray Escobón ». Según parece me lo puso la gente del pueblo, primero porque me llamo Mateo Escobedo, segundo porque siempre estoy pidiendo para los pobres de mi iglesia y recogiendo todas las limosnas que puedo y tercero, es que mi cuerpo es bien grande y gordo, en vez de escoba que barre para adentro, me pusieron « Escobón » acorde con mi gruesa figura. Y ahora señor Alejo, responderme a mis preguntas sobre los sucesos acaecidos en los últimos tiempos en Cabrilla.- dijo Fray Mateo.

Al oír estos razonamientos de parte del cura, don Alejo dejó a un lado el enfado y empezó a contar el transcurso de los hechos acaecidos en Cabra, desde su llegada, exagerando sus buenas acciones y callando sus desventuras. Todos los comensales le escuchaban con más o menos atención, y mientras tanto Cándida con ojos pícaros e insinuantes y Antonia con cara bobalicona no apartaban la vista de don Diego de Quesada.

Acabando de comer y después de haberse tomado un aguardiente, cogió el escribano sus útiles de trabajo y en compañía del cura se fueron para la iglesia, donde a la puerta les esperaban algunos vecinos con el fin de registrarse; mientras tanto el alguacil pidió permiso para retirarse a su cuarto a echarse una cabezada, luego después de la siesta se daría un paseo por el pueblo para conocerlo.

Cuando el sol dejó de apretar y el calor daba paso a la frescura de la tarde, salió don Alejo de la casa del alcalde, y empezó a caminar por las calles de pueblo, dando rápidamente la vuelta a la calle principal, pues el pueblo se recorría en muy poco tiempo. En la calle principal y cerca de la plazoleta observó el ir y venir de los campesinos, los cuales se paraban y entraban en algunas casas las cuales eran negocios de artesanos, había una zapatería, una cacharrería, una carpintería, y algunas tiendas y talleres. Al final de la plazoleta, se encontraba la iglesia, un barracón grande hecho de muros de tapiar, techado con grandes vigas de pino y el cañizo y las tejas acababan el edificio, encima de la puerta de entrada a la iglesia se encontraba una gran cruz de hierro forjada sujeta por cadenas a la pared, y en una esquina del edificio y a cierta altura había una vieja campana y de su badajo colgaba una cuerda que llegaba hasta el suelo.

Se fijó al alguacil de que en la fachada de una casa había colgada una bacía vieja y ruinoso, la cual anunciaba que aquella casa era la barbería del pueblo, entonces decidió entrar y que el barbero le cortase el pelo y le hiciese la barba.

Siendo ya tarde, despidió el escribano a la gente que quería registrarse hasta el día siguiente y recogiendo sus útiles se fue para la casa de don Florencio, Fray Mateo recogería la iglesia un poco y luego cerraría la puerta de la misma.

Salió el escribano de la iglesia y camino de la casa del alcalde, y cuando pasaba por la plazoleta, se acercó a beber agua del caño del pilar. Después de beber y al levantar la cabeza, vio a varios campesinos jóvenes, más o menos de su edad, todos ellos con herramientas propias de la era y del campo, los cuales le observaban muy atentamente, y acercándose uno de ellos con un horcón en la mano, le dijo en tono burlón.- ¿ Ha tenido buen día el señorito don Diego?, ¿Qué le parece al señor escribano si le preparamos un buen baño?

Don Diego viendo en la situación embarazosa en la que estaba, pensó que no tendría escapatoria y que aquello iba a derivar en una batalla, siendo él el gran perdedor. Así que soltó rápidamente el puño dándole en la cara al sorprendido mozo del horcón, y pensaba don Diego que el que da primero da dos veces, pero aquí no se cumplió ese refrán y los cinco campesinos se liaron a golpes con él y lo lanzaron al pilar, al intentar incorporarse y salir del agua, el más fuerte de ellos y quien llevaba la voz cantante, le puso el horcón en el cuello y lo hundió otra vez en el agua, luego le dejó respirar pero presionándole contra la pared trasera del abrevadero.

Se vio el escribano con el horcón y el agua al cuello y veía en las miradas de los campesinos la mala intención de ahogarle allí mismo. También se dio cuenta de que las gentes de la calle no se acercaban a socorrerle, quizás por miedo a los cinco bravucones los cuales se burlaban de él.

Cuando empezó la pelea, un zagal salió corriendo e iba por todos los comercios dando voces y avisando de la trifulca. Al llegar a la barbería gritaba de esta manera -¡ Pelea, pelea, y le están cascando bien al escribano de Cabrilla!

Al oír estas palabras el alguacil, que estaba recién enjabonado de cara, saltó de la silla y cogió la bacía que tenía puesta y salió corriendo hacia el pilar llegando en dos pasos al lugar donde los campesinos tenían a remojo al escribano. Dio un golpe seco con la bacía al primer mozo que se encontró en el camino, y los otros se volvieron rápidamente con las horcas y bieldos en posición de ataque, sorprendidos y extrañados ante aquel hombre que parecía un perro rabioso con la cara llena de babas y espuma, y que además sólo luchaba con la bacía de cobre del barbero.

Por otra parte de la plazoleta, también llegaba Fray Mateo el cual venía que se ahogaba, pues había visto el comienzo de la pelea, desde la puerta de la iglesia y aunque había corrido bastante, su cuerpo ya no era lo ágil y joven de hacía unos años. Un mozo le hizo frente al cura con una horca, pero el joven al darse cuenta de que su contrincante era Fray

Escobón, bajó la herramienta de la era y le dijo , - lo siento Fray Mateo, pero yo no puedo levantaros la mano.-

-Pero yo a ti sí que puedo- respondió el cura y le soltó un guantazo con la mano abierta al pobre mozo, el cual dio varias vueltas al igual que una peonza, antes de caer al suelo varios pasos más abajo.

Alejo seguía enfrentándose a los otros dos campesinos que arremetían en contra del alguacil con sus palos puntiagudos y este se defendía dando golpes a diestro y siniestro con la bacía del barbero.

En un momento de distracción por parte del grandullón, el escribano consiguió zafarse del horcón y saltó rápidamente fuera del pilar, asiendo un bielgo, se enfrentó con mucha rabia al campesino grande, al cuál le propinó un golpe fuerte en sus partes más nobles haciendo doblar las rodillas al hombre a causa del dolor, y fue a rematarlo, cuando Fray Mateo le sujetó por la muñeca y le dijo,- ¡ Ya está bien don Diego!, creo que con ese palo que le habéis dado entre las piernas ha sido suficiente, y seguro que le dolerá durante bastante tiempo, amen de que no lo hayáis castrado.

Por su parte don Alejo dejó fuera de combate rápidamente a los otros dos mozos, demostrando ante todos los allí presentes sus conocimientos de lucha como antiguo soldado y sin hacerle falta ninguna arma, solamente defendiéndose con una simple bacía de barbería.

Alejo, Fray Mateo y don Diego estaban cansados y jadeantes después de la pelea, mientras, los campesinos que habían sido los más perjudicados en la misma, se quejaban sentados en el suelo de la plazoleta de los golpes recibidos por parte de los tres hombres que estaban de pié frente a ellos.

-Don Diego iros vos a casa del alcalde, seguro que sus hijas estarán encantadas de curar vuestras heridas, y vos Fray Mateo, ayudad a estos infelices a levantarse y mandarles curar, también advertirles que mañana sobre el mediodía han de presentarse en la iglesia a mi presencia, para aclarar el porqué de esta pelea tan desigual contra el señor escribano. Y yo como Alguacil Mayor y representante de la ley, decidiré sobre este suceso.- habló muy serio el alguacil.

-Ahora, y si me lo permiten voy a ver si el barbero acaba de recortarme la barba- dijo el alguacil a la vez que se encaminaba hacia la barbería.

Se volvió a sentar don Alejo en la silla de la barbería y el barbero prosiguió con la tarea de afeitar al alguacil, al tiempo que el local se llenó de gente y todos en buena charla comentaban la destreza del alguacil en deshacerse de tres de los mozos de la pelea. Don Alejo no cabía en su camisa escuchando los elogios de los parroquianos, pero en un momento dado y en un pequeño descuido del barbero con la navaja, este le hizo un pequeño corte en la cara, que no dejaba de sangrar.

-Perdonadme vos mi torpeza con la navaja y ahora veréis que pronto os corto la sangre-
pidió perdón el barbero.

Cogió el barbero un trocito de palo y se fue mirando por los rincones hasta que encontró una tela de araña y la enrolló en la punta del palito, aplicándosela en la herida al alguacil, y pasados unos instantes la sangre dejó de fluir y el barbero acabó la faena de afeitar a don Alejo.

-¿Qué le debo maestro?- preguntó el alguacil.

-No me debéis nada, señor, hoy he disfrutado viéndoos luchar y poner en su sitio a esos bravucones a los que mucha gente teme en este pueblo, y sobre la bacía que habéis abollado dándoles golpes, pues bien rota está. Aparte de barbero, un servidor también hace de sacamuelas, curo heridas y entablillo algunos huesos y seguro que los mozos de la pelea asoman por aquí para que les cure, ya les cobraré yo bien mis servicios y mi bacía de cobre.

Estaba acabando el barbero de afeitar a don Alejo, cuando apareció por la puerta de la barbería Fray Mateo diciendo esto al alguacil,- ¡Vamos señor alguacil,! que hoy vamos a celebrar este triunfo obtenido por los representantes de la iglesia y de la ley en contra de esos gárrulos ignorantes los cuales pensaban calentar al señor escribano y han sido ellos los que han salido malparados; así que nos vamos a tomar unos buenos vinos, en parte por nuestra victoria y también por recordarnos de tiempos en los que éramos más jóvenes-.

Hacía buen rato que había llegado don Diego a la casa del alcalde, saliendo a su encuentro la hija menor de don Florencio, la cual ya se había enterado de la pelea del pilar.

-Pasad don Diego y permitirme que os cure esas heridas que tenéis. He de deciros que mis padres y mi hermana están de visita en casa de un familiar que está enfermo, así que entre la criada y yo os curaremos.-dijo Cándida.

Durante la cura del escribano y en el tiempo en el que la criada no estaba presente, Cándida y don Diego, preparaban un plan para pasar la noche juntos y a la vez quitarse de encima a la pesada de Antonia.

Volvieron los padres y la hermana mayor de Cándida y al conocer la noticia de la pelea, se preocuparon por el estado del escribano, sobre todo Antonia, la cual veía peligrar sus planes de esa noche con don Diego. Cenaron los cinco solos, pues vino un zagal dando el recado de parte del cura y del alguacil de que no les esperasen a comer, ya que se iban a tomar algunos vinos y que comerían algo en la taberna.

Se acostaron todos los de la casa, pero don Diego salió a buscar a don Alejo y al cura, extrañado por la tardanza de ambos y teniendo en cuenta que casi era la medianoche. Desde la puerta de la casa, vio venir a los dos hombres y también se percató de que los dos venían abrazados y dando jambaladas de un lado a otro de la calle, además venían

cantando y diciendo tonterías. Se acercó a ellos y abrazando a Alejo, consiguió despegarle de Fray Mateo que siguió calle arriba en dirección de la iglesia, apoyándose en las paredes de las casas y cantuseando algunas coplillas subidas un poco de tono.

Con mucho esfuerzo consiguió meter don Diego al alguacil en la casa, y luego lo llevó a su propio cuarto, donde lo dejó encima de la cama desnudándole después y quitándole las botas. A todo esto el alguacil se dejaba llevar y a veces pronunciaba algunas palabras que no se entendían, y es que don Alejo había pillado una cogorza tan grande que no sabía ni como se llamaba el mismo.

Salió el escribano del cuartito dejando al alguacil acostado en la cama, y en el pasillo se encontró con Cándida, que se abrazó a le besándole durante buen rato, luego Cándida se separó y señalándole con el dedo la parte de arriba de la casa, se fue escaleras arriba. Don Diego se metió en el cuarto destinado a don Alejo y entornó la puerta.

Poco después apareció otra vez Cándida acompañada de Antonia, las dos en camisón y acercándose al cuarto ocupado por el alguacil, le dijo en voz baja Cándida a su hermana mayor,- Ves Antonia como yo también me sé sacrificar por ti. Entra ahí con don Diego, pero no le hables mucho y no le hagas hablar, ya que el pobre está maltrecho, con voz y cuerpo doloridos. Aprovecha bien el tiempo, y recuerda que yo estaré aquí afuera vigilando por si viene alguien, esperaré a que tú salgas del cuartito y quizás luego entre yo un ratito.-

Entró Antonia a oscuras al cuarto y a tientas llegó a la cama, y palpando, descubrió el cuerpo que allí estaba; como la moza venía con muchas ganas de macho, se subió rápidamente encima del cuerpo del alguacil, el cual y pese a la borrachera respondió alegremente a los toqueteos y caricias de la mujer.

Mientras Antonia gozaba encima del alguacil, le decía a este, muy despacito y con voz entrecortada. No habléis, ni digáis nada don Diego, que ya sé que no tenéis el cuerpo para mucha juerga, así que dejadme llevar las riendas en esta faena-.

El alguacil durante este suceso, apenas hablaba y las palabras que salían de sus labios no se entendían nada, así que Antonia siguió con su tarea y por dos veces y sin descanso gozó del cuerpo del hombre, pero cuando quiso intentarlo por tercera vez, el alguacil estaba dormido a causa de la borrachera y no había forma de revivirlo. Viendo que la cosa no daba para más, saltó Antonia de la cama y se fue para fuera del cuartito, donde le esperaba sentada en una silla al final del pasillo, su hermana Cándida.

-¡Cándida, Cándida!,- llamó Antonia

-Estoy aquí, y baja la voz que alguien te va a oír y nos van a descubrir,- respondió Cándida.

- Yo ya me voy a acostar, ¿ te vienes tú?- preguntó Antonia.

-¡No!, Yo me voy a quedar un poco más, súbete tú y acuéstate.- dijo Cándida.

-Yo que tú, no entraba ahí, pues don Diego no está esta noche para muchos trotes, ¡ahí te quedas!- se despidió Antonia de su hermana y se dirigió hacia su alcoba, con una sonrisa de oreja a oreja y unos brillantes y chispeantes ojos.

Esperó Cándida a que su hermana desapareciese por las escaleras y entonces se dirigió al cuartito donde le esperaba don Diego; en donde los dos jóvenes gozaron y retozaron hasta casi la hora del canto del gallo, en la que Cándida se subió a su alcoba y don Diego se entretuvo en cambiar de cuarto otra vez al alguacil.

Sentados todos a la mesa durante el almuerzo, las hijas de don Florencio, miraban con atención y disimulo al escribano el cual les sonreía con complicidad. Alejo bebía leche de su tazón y comía algún trozo de torta de aceite, pero su mirada estaba ausente intentando recordar los sueños de la noche, en los cuales una delicada y hermosa mujer lo había amado durante toda la noche, y que al llegar el alba había desaparecido sin dejar rastro. También se encontraba Alejo mal humorado y con el cuerpo dolorido, debido a la resaca del vino y a la fogosidad de Antonia.

-¿Cómo se encuentra esta mañana señor de Quesada?- preguntó don Florencio.

-¡Bien dentro de lo que cabe! Ya que después de los golpes recibidos en el pilar y gracias al cuidado de sus hijas, hoy me encuentro lo suficientemente bien como para seguir y acabar durante este día con los registros- respondió el escribano.

-Espero y deseo señor Florencio que sepa perdonar mi poca conciencia en la noche de ayer, que estando de invitado en vuestra casa, me fui de vinos con Fray Mateo, y el resultado ya es conocido por todo el mundo,- se disculpó don Alejo ante el alcalde de El Larva

-Estáis perdonado señor Alejo, y sabed que todos en alguna ocasión también hemos hecho burradas, y más si te juntas con Fray Escobón, que por estómago tiene un tonel de varias arrobas de cabida.- respondió Florencio Ramírez.

Acabado el desayuno cada uno de los allí presentes se dirigió a sus quehaceres, el escribano se fue para la iglesia, el alcalde a su despacho, Alejo llamó a un mozo para que le ensillase el caballo y salir un poco a dar una vuelta por las cercanías del pueblo y las mujeres se quedaron quitando la mesa.

-¡Antonia!, te veo muy contenta esta mañana- habló Cándida.

-Pues la verdad es que me encuentro muy bien, sobre todo por lo de anoche con don Diego, y también porque me he dado cuenta de que eres una buena hermana y anoche te sacrificaste por mí, y ya se me ha ido de la cabeza la idea que tenía de que eras una niña mimada, caprichosa, egoísta e incluso embustera,- respondió la hermana mayor de la familia Ramírez.

Seguían hablando las hermanas mientras realizaban las tareas de la casa, Cándida observaba a su hermana y seguía pensando en lo tonta y simplona que llegaba a ser y como

con la ayuda del escribano la habían engañado tan fácilmente, acostándola con el alguacil, otro que tampoco se acordaba de lo sucedido la noche anterior en el cuartito.

Alrededor del mediodía casi toda la iglesia estaba llena de gente esperando curiosa el desenlace y el porqué de la pelea del día anterior. Llegó el alguacil metido en su armadura reluciente y toda la gente se quedó con la boca abierta, observando y admirando la figura de la ley.

Como en el juicio celebrado algunos días antes en el ayuntamiento de Cabra, el alguacil presidía el mismo, a su lado izquierdo estaba el escribano sentado en una mesa con algunos papeles, tinta y pluma preparado para escribir lo que allí se dijera. Al lado derecho de don Alejo se sentaban el alcalde de El Larva, Fray Mateo y otro hombre mayor que según parece era el ayudante del alcalde.

En el centro de la iglesia se encontraban de pié y descubiertos los cinco mozos que participaron en la trifulca del día anterior, aunque todos ellos llenos de heridas y chichones, y alguno con la cabeza liada con un trapo o el brazo en cabestrillo. Alrededor de los mozos la gente se agolpaba y no cabía una aguja en el barracón que había por iglesia.

Empezó Fray Mateo a pedir silencio a los allí reunidos, pero estos seguían de cháchara y chismorreando entre ellos, y como no conseguía que le hiciesen caso, se puso de pié y dando dos grandes palmadas, empezó a decir en voz alta : -¡ Silencio señores, silencio! ; vamos, que estamos en la casa de Dios, y el que no se calle lo echo ahora mismo a la calle!

-¡Sí a callar, que Fray Escobón nos echa a la calle a escobazos!- dijo una voz al fondo de la iglesia.

Se oyeron algunas risas y la gente siguió parloteando entre ella, pero se hizo un silencio sepulcral, cuando Fray Mateo se acercó con mirada amenazante por el lugar donde se habían oído las palabras de mofa hacia él mismo y se dirigió a los parroquianos que había por aquella parte,- Os aviso que como pille al gracioso, lo echo de un soplamocos, no entra en un montón de tiempo a la iglesia y encima lo excomulgo.

Volvió a su sitio y con voz grave empezó a decir,- Vamos todos a atender a este juicio, que preside el señor Alguacil Mayor de Cabra y de esta parte de Sierra Mágina.

Se oyó otra vez la voz graciosa del fondo de la iglesia.- Querrá vuestra merced decir, el señor Alcancil de Cabrilla.